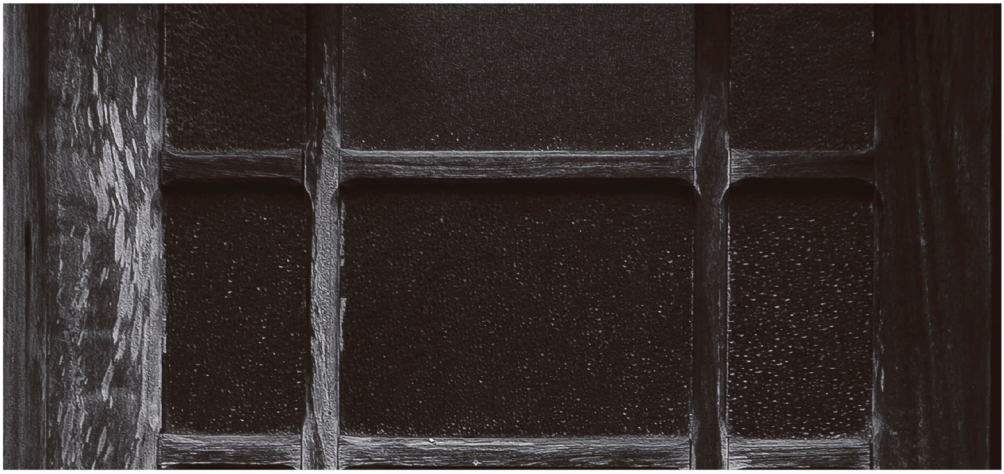

Juan Vico
Los regresos

Galaxia Gutenberg

JUAN VICO

Los regresos

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros).

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2024

© Juan Vico, 2024
por mediación de MB Agencia Literaria, S.L.
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 11555-2024
ISBN: 978-84-10107-81-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Susana,
senza fine

Una solidaridad universal une los gestos e imágenes de los seres humanos, no sólo en el espacio, sino también, y sobre todo, en el tiempo.

Élie Faure, *El espíritu de las formas*

Cada cosa, en efecto, era otra cosa.

Virginia Woolf, *Orlando*

PRIMER REGRESO

El hijo nació y tuvo un nombre.

Durante los dos primeros años de su vida, el nombre, Dino, correspondía a un cuerpo, a una respiración, al balbuceo del hijo único.

Luego nació otro cuerpo que vació el de Dino.

El nombre del hermano menor era compacto, grávido, suficiente.

Dino, en cambio, era un hueco en el que arrojar la frustración, el desprecio al marido, el desprecio a Marradi, el pueblo natal del marido.

La madre comienza a pronunciar el nombre del hijo mayor como quien se mira en un espejo sucio.

Dino: nombre adéspota, sin santo en el calendario; esto es, nombre sin protector.

Dino: nombre anónimo: hombre sin sombra: sombra sin nombre.

De noche, Dino inventa imágenes para todo aquello que todavía no quiere ser nombrado.

La noche atraviesa el cuerpo transparente de Dino Campana, tan lejos del cuerpo robado de la madre, en otro rincón de la casa familiar, en otro tiempo o en otra galaxia.

La madre sueña con los días supuestamente felices de su juventud de donde fue arrancada por el marido, ese aburrido maestro de escuela de cuyo cuerpo la ha arrancado, por fin, el hijo menor.

Dino sueña con los días falsamente felices del futuro, llenos de espectros femeninos, de vagabundos fantasmales.

El secreto de la noche se desvelará y será vociferado, años más tarde, para que todos lo escuchemos.

Pero la noche no es aún más que la coda de otro día fuera de lugar, el prólogo de eso que se repite como el rezo de la madre, como la succión caníbal del hermano pequeño que Dino espía e imita a escondidas, salmodia privada, poema animal, cantinela muda.

Conocemos muy pocas imágenes de Dino Campana. En una de ellas, Dino posa junto a Manlio, el hermano menor. Es la primera imagen que nos llega del poeta, el primer pálpito del icono, y está colonizada por la presencia de aquel que lo ha desplazado en la jerarquía del hogar, es decir, en el universo entero. Dino viste una chaqueta oscura de la que sobresale el cuello redondo de una camisa blanca, lo que le da cierto aire de seminarista precoz. La curva cóncava de las cejas dialoga con la que perfilan los labios apretados, y la suma nos sugiere una expresión tirando a triste; si contemplamos su rostro durante el tiempo debido, no obstante, toda certeza tenderá a desaparecer: nos parecerá que falta algo en sus rasgos, o que algo quizá sobra. Su zurda asoma con timidez por un lado de la fotografía, sobre el hombro del hermano. Ahí tenemos a Manlio, pues: tres años de vida que jamás recordará junto a los cinco de Dino, cuyo cerebro empieza ya a coleccionar traicioneros retazos de memoria. La frente, ampliada por el corte al rape, ocupa la mitad de su cabeza, un óvalo casi exacto que apoya sobre el torso del primogénito.

La familia ha decidido aprovechar la visita al estudio: en 1890, uno no se hace fotos cada día, ni siquiera cada año, así que después de los niños es el turno de inmortalizar a la madre. Francesca Campana, de soltera Luti, a la que todo el mundo conoce como Fanny, lleva un vestido negro, acaso por pudor, acaso por luto, y dirige la mirada hacia su izquierda, como si vigilara a los hijos que, fuera de cuadro, asisten con curisidad a las evoluciones del fotógrafo, a punto de accionar de nuevo la lámpara y de destapar una vez más el objetivo.

Otra festiva nube de magnesio invade la escena arremolinando toses, ojos llorosos, risas ingenuas. Cuando se disipa, Fanny se ha esfumado y Giovanni Campana, el padre, el maestro de escuela de Marradi, ocupa como por arte de magia su lugar sobre la silla. La chaqueta clara y de cuadros anchos contrasta con la vestimenta de Fanny, que está esperando, suponemos, en el salón contiguo, así como con el atuendo de Dino, que sigue revoloteando en torno a esa silueta incierta que le pide a Giovanni que cambie de posición, que se mueva un poco, hacia su derecha, y que ya introduce en el chasis un nuevo portaplacas, recarga el receptáculo del *flash*, se esconde por tercera vez bajo las faldas de la cámara. El padre, florecilla estratégica en el ojal, bigotón en ristre, ha colocado su cuerpo en el sentido opuesto al elegido antes por la esposa y por el hijo mayor, como si diera la espalda, nos parece, a la pequeña historia familiar y a la gran historia de la poesía.

Pero nunca hay que fiarse demasiado de las imágenes, lo sabemos bien: aunque valgan más que mil palabras, habría que ver qué palabras son esas, quién las piensa, cómo se ordenan en el hielo de la página y con qué intención vibran en unas cuerdas vocales en el instante de ser ofrecidas al mundo.

Las imágenes suelen ser tan engañosas como los términos que las definen, así que, varios años después de la visita al fotógrafo, Dino descubrirá, y nosotros con él, que esos tres re-

tratos ovales que lleva toda su breve vida contemplando en el salón, el padre a la izquierda, los hijos a la derecha, la madre en el centro, no son sino reencuadres, copias parciales de una única imagen de grupo, oculta en la parte posterior del mismo marco, pongamos, para otorgar una pátina de misterio a algo que apenas lo tiene.

Dino, encerrado en casa por el enésimo castigo, se aburre, se sienta, se levanta, mide en zancadas la superficie de las habitaciones, mata moscas con una cucharilla de café, se emborracha la mirada examinando una bombilla y gira a continuación con los ojos cerrados, da vueltas en el salón y se eleva por los aires, los fosfenos restallando en torno mientras la hélice de sus brazos topa contra un enorme pájaro, una torre medieval, la nevada cumbre de una montaña.

Se deja caer con placer. Abre los ojos con parsimonia. Los límites del universo se solidifican. Sobre la alfombra, junto a la ristra de objetos derribados, una lámpara, una pipa, un cenicero, reposa el marco abierto por un lateral, el vidrio milagrosamente intacto. Dino se incorpora, se arrodilla, tira de la lengua de cartón, extrae la foto oculta como un tahúr voltearía su imposible carta vencedora, el tramposo quinto as, y la coloca con incredulidad ante su mirada petrificada.

Se siente estúpido, bastaba con observar mejor los pequeños retratos ovales para darse cuenta de su verdadero origen. Se siente traicionado, víctima de una imprecisa conspiración. Se siente fascinado por la capacidad de los recuerdos para encajar a la fuerza en los huecos que les asignamos. Se siente conmovido al advertir el tierno gesto de la madre, que le sujeta la mano derecha sobre el regazo.

Dino reacciona, el aire vuelve a sus pulmones, sale a la superficie del tiempo, que de repente ha vuelto a fluir y ha teñido ya el salón con las primeras sombras de la tarde. Rasga la foto en dos mitades exactas, él y su madre a un lado, Manlio y Giovanni al otro. Pero la sensación de extrañeza empeora, y el vértigo recomienza, así que prueba a romperla en dos, cuatro, ocho, dieciséis trozos más, que guarda sin pensarlo en el bolsillo roto de su pantalón y que van cayendo a su paso mientras abandona la estancia, más confuso que enfurecido, sembrando el zaguán y el jardín de miembros descuartizados.

Giovanni Campana es el primero de varios hermanos. De Ricarda y de Annunziata no nos ha llegado referencia alguna: el tiempo de los hombres las ha absorbido con su habitual iniquidad. De Torquato sabemos que comparte oficio y trabajo con Giovanni en la escuela del pueblo, y que es el propietario de la casa donde reside la familia del hermano mayor. Se sabe de Francesco que es abogado, procurador del rey, que tiene fama de excéntrico y que ayudará a Dino en alguna que otra ocasión. Y es sabido que Mario, el benjamín, viene mostrando signos de desequilibrio mental desde muy temprano; es el loco oficial de la familia, no hay duda, como mínimo hasta que su sobrino opte al puesto, y ya está a punto ingresar en el manicomio de Ímola, donde algún día Dino conocerá también los rigores de la psiquiatría moderna.

Ignoramos si Fanny Luti tiene hermanos, sólo nos consta que proviene de una acomodada familia florentina a la que no

debió de alegrarle mucho que se casara con un maestro de escuela elemental. La madre de Dino cultiva dos aficiones fundamentales, que son, en este orden, rezar y largarse de casa. Nada hay de extraño respecto a la primera, por condición, época y contexto; y nada, quizá, respecto a la segunda: qué derecho tenemos a juzgar, aunque no dejemos de hacerlo.

Cuando Fanny desaparece, durante una tarde entera, durante una jornada o dos, el marido camina inquieto por el jardín, se da una vuelta por el pueblo, puede que pregunte con disimulo a algún vecino o que se acerque con cualquier excusa hasta la vivienda de un pariente. En ocasiones, Dino acompaña a Giovanni en esas rutas erráticas, y en ocasiones no, pero de forma invariable, antes de salir, después de entrar, busca el rostro de la madre que descansa sobre la repisa de la chimenea, entre el flácido mostacho de Giovanni y su propio rostro, que a duras penas reconoce, y el de Manlio, que simula no ver. Dino ha ido convirtiendo esos retratos engañosos en el inestable centro de su universo: son un aviso, un señuelo, una expiación: el falso vestigio de un falso recuerdo: una mentira descoyuntada. La foto del padre, bien pensado, es redundante, pues Dino soporta su presencia a todas horas, astro solar de la infancia, en la casa, en el colegio, al despertarse y al irse a dormir. La foto de la madre, a decir verdad, es inservible, pues se borra en cuanto Fanny se escabulle; por mucho que se esfuerce durante la larga espera, el hijo sólo acierta a ver ahí un vacío oval que se enrosca en torno a un fondo grisáceo, una nada inexplicable, un punto ciego que no puede dejar de mirar hasta que ella regresa, y abre la puerta, y deja el sombrero en el perchero sin mostrar signo alguno de contrariedad, como si no se hubiera ausentado más de cinco minutos, momento en que la imagen vuelve a brotar del cartón ante los tristes ojos de Dino Campana, que son los nuestros.

Desde del nacimiento del hijo pequeño, que expulsó a Dino de su trono infantil y al padre de su trono conyugal, el fantasma

de la locura pretende ganar terreno en el hogar de los Campana. El nombre del fantasma es mutable: una cadena de sinónimos sin origen conocido. En el pasado, el fantasma se parece a algunos sospechosos ascendientes del padre, apodos susurrados, rasgos difusos, runrún de sobremesa. En el futuro, Dino Campana será el fantasma encarnado con todas las de la ley. En el presente, el fantasma se burla de Giovanni desde el rostro lejano, el gesto perdido de su hermano menor.

Dino, que tiene trato diario con el tío Torquato y que ve con cierta asiduidad al tío Francesco en su domicilio de Florencia, no sabe mucho del tío Mario, salvo que vive encerrado en el manicomio de Ímola, a unos cincuenta kilómetros de Marradi. La sombra huidiza de Mario, sin embargo, ronda de noche las habitaciones de la vivienda, agita las cortinas, acecha el cabecero de la cama matrimonial, esquiva el bulto que dibuja Manlio bajo la manta y se demora sobre la agitación de Dino, ese hervidero de sueños. De día, corre a esconderse en el desván, como cualquier fantasma que se precie.

Es domingo. Giovanni se levanta temprano para visitar al desdichado Mario, aunque hay algo más, un secreto que lo empuja también hasta la estación. El padre de Dino es un hombre práctico, feligrés de la ciencia: el malestar anímico que soporta últimamente no se diferencia mucho del dolor de pies que lo aqueja cuando se planta demasiado rato ante el pizarrón del aula: tiene un origen y ha de tener un final. Igual que el que acude a un zapatero para que le cambie la suela de las botas, ajadas pero aún servibles, se dirige al manicomio de Ímola buscando una solución instantánea a su sufrimiento, ciudadano moderno en pos de remedios antiguos.

En la iglesia, la madre se santigua con la misma tenacidad con que mueve su mecedora en las largas tardes de tedio o con que mastica la opinión que sus vecinos le merecen. El párroco, incansable tras una hora de sermón, se centra en unos versículos de Mateo: «¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: He

aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, y hermana, y madre».

Fanny comulga, y Manlio comulga, dado que ya tiene siete u ocho años. La homilía le ha hecho pensar en Dino, quien ha perfeccionado la habilidad de mirar a través de su cuerpo como si no existiera. Manlio persigue a Dino como Dino persigue a su madre, pero eso Manlio no alcanza aún a adivinarlo. Se pregunta, y no es poco, por qué jamás contesta a ninguna de sus demandas. Se pregunta también por qué no accede a prestarle ninguna de sus pertenencias, el puñado de libros roídos que guarda bajo la cama, alguno de esos juguetes con los que no recuerda haberlo visto jugar nunca: el vagón de tranvía milanés, modelo Edison, con publicidad del *Corriere della Sera* en el frontal de hojalata; los fabulosos naipes con ilustraciones de la fauna italiana, colonias incluidas; el fantoche de trapo de Balanzone, el doctor de la Commedia dell'Arte, con su máscara negra, sus largos bigotes, su boca siempre abierta y a punto de soltar alguno de sus macarrónicos latinajos, que en nuestra imaginación resuenan sin remedio con la voz nasal del maestro Campana. Manlio se pregunta asimismo el motivo de que Dino no le permita participar en sus caminatas, teñidas así de un considerable misterio, y se pregunta, en fin, por qué Fanny consiente que ni siquiera los acompañe en la interminable misa dominical.

El padre, mientras tanto, ha dejado al tío Mario en la sala de visitas: hoy tenía el día poco hablador, no paraba de abrochar y desabrochar el último botón de su camisa, de frotar los dedos sobre una superficie invisible, varios centímetros por encima de la mesa. Más sugestionado que nunca, sentado ahora frente a la ansiada autoridad del médico de turno, al que oportunamente flanquean una moderna litografía del cerebro seccionado y la despintada musculatura de un modelo anatómico, Giovanni relata con detalle los males que lo aquejan, incomparables, eso sí, con los de Mario: su cansancio, su in-

somnio, sus migrañas. El doctor deja de escribir, mueve la cabeza, iza el índice derecho hasta doblar la pose del maniquí de resina que lo custodia y embute la retahíla de síntomas del maestro en el cajón de sastre de la neurastenia; diagnóstico impreciso al que corresponde una receta concreta, un extracto de plantas, un medicamento cualquiera que Giovanni acoge más que satisfecho, convencido por anticipado de su efectividad.

Dino ha pasado la mañana vagando por los montes que rodean la población, perdido en sus fantasías. Se ha olvidado de la hora del almuerzo. Vuelve canturreando a casa, donde Fanny y Manlio duermen ya la siesta. Vemos cómo se acerca a la cocina, enreda tres dedos sucios en las sobras de los *pappardelle*, los alza con la precisión de un titiritero borracho y los engulle sin prestar atención a la salsa que relampaguea sobre su camisa y que acierta a depositarse junto a un lamparón previo. Dentro de pocos meses dejará la modesta escuela de Marradi e ingresará como interno en un colegio salesiano, pero por ahora no piensa en ese tiempo que se le antoja lejanísimo. Nos conmueve su inocencia mientras sigue hurgando en la cacerola, su inconsciencia al subir por las escaleras con los brincos habituales, acentuando las pisadas en el segundo, en el sexto y en el décimo escalón, es decir, escandiendo a su paso un endecasílabo perfecto.

El padre recorre de nuevo la distancia que separa el manicomio boloñés de su domicilio, adormecido por el confortante traqueteo del vagón. La receta expedida por el doctor reposa plegada en el bolsillo interior de su chaqueta como un amuleto. Fanny se despierta de golpe y lanza una patada al aire más o menos en el momento en el que el tren se detiene. Manlio, a su lado, bisbisea, se da la vuelta, sigue dormitando. Sobre la pared opuesta, donde reposa la cruz, el limonero del jardín proyecta su silueta temblorosa, sobrecargada de frutos.

Permitamos que el verano pase con su velocidad característica, y dejemos que transcurran también varios años escolares, pues

aunque, empapada de tópicos, nuestra imaginación, la de cualquiera, estaría tentada de asociar el internamiento académico de Dino con el inicio de sus afecciones, no parece que fuera así: si bien ha habido la inevitable represión, y ha habido pequeños castigos y castigos mayores, y ha habido sopor, y añoranza, y silencio e indefensión, no le ha venido nada mal descansar de la madre, del padre, del condenado Marradi.

Dino Campana vive en realidad el tiempo previo al inicio del drama.

Es el tiempo tibio de la espera, el del fin de la infancia.

Es el tiempo, también, del descubrimiento.

Dino examina los anaqueles de la biblioteca escolar, desierta, como de costumbre. No va a encontrar ahí a Safo, a Catulo, a Blake, a Nerval o a Baudelaire, autores que aún desconoce, ni a tantos involuntarios protagonistas del *Índice de libros prohibidos* que la Iglesia viene reeditando con éxito desde la época de Pablo IV, papa nepotista y algo paranoico con especial aversión por los judíos, los españoles y los literatos. Ni siquiera hallará a Manzoni, o al gran Leopardi, ni a ninguna gloria nacional que lleve menos de tres siglos criando malvas, aunque sí a Ariosto y a su furioso *Orlando*, arrancador de árboles, aniquilador de rebaños, loco de amor por la divina Angelica. También al atormentado Tasso, otra víctima legendaria del furor poético y de los amores enfermizos, así como a Dante, por supuesto, a cuyo *Infierno* Dino vuelve una y otra vez, reclamado por la relación imposible entre Francesca y Paolo. Los elevados desvelos del corazón parecen llevarse la palma en los gustos literarios de nuestro joven lector, como en los de muchos otros adolescentes que funden las inflamaciones del alma con urgencias menos metafóricas, pero hemos de añadir que cualquier muestra de letra impresa sirve para su voracidad: en la casa familiar, y pese al oficio del padre, los libros escasean. Las voces que contiene cada volumen de la biblioteca escolar le hablan a ras de oído desde tiempos y espacios difusos, seductoramente remotos. Dino se presta a escuchar: se contamina.

Corre el año de gracia de 1900. Pronto abandonará el internado, después de tres largos cursos con sus tres infinitos periodos vacacionales. Dino es uno más, un compañero leal y en ocasiones divertido, que hace las mismas bromas que hacen todos, ríe las mismas ocurrencias, fuma los mismos cigarrillos a escondidas, y repite, en definitiva, los lugares comunes de su tiempo y de su edad. Es posible que últimamente se mantenga un tanto al margen, reconozcámoslo, y que hable menos, y que se pierda la mayoría de los partidos, y que apenas asienta, niegue o se encoja de hombros cuando se le pide una opinión. Incluso ha llegado a fingir una poco convincente cojera que, en momentos de descuido, pasa de la pierna izquierda a la derecha, pero que cumple de sobra su propósito: ahorrarse explicaciones. Dino lee sin cesar, en cambio, más aún de lo habitual, entre clase y clase, entre la comida y la cena, entre el recreo y la oración, y exprime así, a su modo, las semanas previas a su regreso.

Dino Campana, hijo, hermano, sobrino, alumno, está absorto en un rincón del patio mientras sus compañeros patean una pelota y rozan sus pieles en una versión más de ese baile que conjuga eternamente la violencia y el deseo. Recostado bajo un sauce que peina la luz empalagosa del mediodía, inverosímil en su bucólica pose, una hoja de hierba en los labios, la pierna mala adormecida sobre la buena, nos hace pensar en un pastorcillo de fábula o en la escultura de un pequeño fauno, mientras se sumerge en unos versos que lo trastocan por motivos que no alcanza a comprender. Le fascina el extraño poder de las palabras cuando se combinan de la forma adecuada, el peso de su presencia en una simple construcción gramatical.

Un cuerpo invisible se inclina sobre su hombro y declama las palabras con insistencia. Dino Campana, cuerpo sin voz, las memoriza.

Puede que se pregunte ya por su futuro o puede que no. Pero qué es el futuro en comparación con el tiempo más allá del tiempo que se expande ahí, impasible, ante sus ojos incen-

diados, le diríamos si pudiéramos, nosotros, que jugamos con ventaja; nosotros, que algo sabemos, no demasiado; nosotros, que nos dejamos arrastrar, entre resignados y persuadidos, por el cascabeleo de su tragicomedia circular.

Porque, de vuelta en Marradi, la madre continuará repartiendo su desencanto entre el marido y el primogénito. Rezará un padrenuestro y amenazará con dejar el hogar. Rezará diez avemarías y reprenderá a Dino por cualquier minucia. Rezará un gloria y pensará en el hijo menor, consuelo de sus horas. Rezará un María, madre de gracia y se clavará una uña en la muñeca. Rezará un Oh, Jesús mío y esperará la salvífica llegada de la noche, ese breve lapso en que la realidad se suspende y la vida muestra a veces su otra cara, lo que podría haber sido y nunca será. Fanny sacará a relucir el turbio legado de los Campana a la mínima ocasión, y Dino, incapaz de comprender tanto rencor, comenzará a asumir la pesada herencia del hermano del padre, sombra sin memoria, sombra sin tregua que vaga por la casa familiar como la caricatura de un fantasma.

ÍNDICE

Primer regreso 11

El hijo del maestro. 25

El arte de viajar a pie 43

La niebla 59

Alquimia del verso. 77

El hombre de los bosques 91

Sibilla 107

Último regreso. 119

La noche más larga 137